

3/4/59

El Fútbol, una Armonía Delicada

por Sebastián Salazar Bondy

El que acaba de terminar ha sido un mes de tensión futbolística. Más o menos apasionadamente, todos hemos vivido pendientes del desarrollo del Campeonato Sudamericano de fútbol que está concluyendo, y no cree el cronista que falte quien, en alguna oportunidad, no haya expuesto, a raíz de los éxitos o los reveses del equipo local, su particular teoría sobre el triunfo y la defeción. Se trata de un deporte asociado —no lo olvidemos—, no sólo porque se trata de la competencia de once jugadores contra once jugadores, sino porque en los azares del evento participan de manera concreta los miles de espectadores y los millones de ciudadanos en mayor o menor grado comprometidos con uno de los equipos. Un psicólogo francés —F.J.J. Buyten-dijk— ha analizado exhaustivamente esta condición colectiva del fútbol, esta esencia comprometedora de la multitud que, directa o indirectamente, participa de los noventa minutos del desarrollo deportivo, influyendo en distinta medida —pero, al fin y al cabo, influyendo— en los resultados numéricos de cada partido. El hecho de que para los aficionados el "equipo de casa" tenga un "handicap" favorable en todo certamen no se explica tanto por el favoritismo que puede auxiliar ilegalmente a los dueños de la cancha cuanto por la intervención inmediata, con el aliento vivo, del público en la lucha. En cada atleta pesa enormemente la cooperación de sus compañeros, más también opera la confianza que le brinda, de cerca o de lejos, su "hin-chada".

El fútbol, a despecho de lo que sostienen unos pocos, muy pocos, intelectuales, no es un fenómeno sencillo. Téngase en cuenta que su práctica es creciente en todo el orbe, cualquiera que sea la cultura, la raza, la ideología; la visión del mundo, etc. que en cada país predomine. En España —y esto hasta como ejemplo— ha comenzado a superar a la tauromaquia (el culto a los émulos de Belmonte, el Gallo o Manolete ha sido reemplazado por el de Distéfano), con gran preocupación de los hombres respetuosos de la tradición. Ante todo, se trata de una acción violenta masculina, que emplea la velocidad y el golpe de pie, la cual, sin embargo, posee una reglamentación estricta que prohíbe que la energía se emplee en desmedro personal del rival. Es una suerte de mezcla de caos y disciplina, equilibrados en proporción muy sutil. El desempeño de cada equipo depende, también armoniosamente, de la inspiración individual y de la cohesión plural, de tal modo que nunca la primera reste unida-

al conjunto ni la segunda robe personalidad a los integrantes de uno y otro "team". Súmen-se ya estas condiciones básicas y véase cuán difícil es lograr la fórmula perfecta: agresividad, pero sólo para lo que es esencialmente deportivo; más disciplina, con el fin de mantenerse dentro de los normas; más fantasía personal en con-



tinua creación; más colaboración colectiva. Y a todo ello, añádase la vigencia del público visible y la no menos presente del público invisible (los miles de "hinchas", entre los cuales se halla la famosa "muchachada del barrio" a quien se dirigen los jugadores para dedicar el partido a través de los micrófonos radiales). No es

broma, pues, todo este cúmulo de responsabilidades.

Ahora una pregunta de actualidad: ¿por qué fallaron, cuándo fallaron, los jugadores nacionales en el campeonato de Buenos Aires? Por muchas razones, pero, sin duda, porque la "asociación" del público lejano —que es su público particular— no se mantuvo en su lugar. Dicho más claro: tras los primeros éxitos, la afición local, que es un jugador más, se desbordó en exceso, sin alentar la apropiada esperanza cautelosa, sino que se expresó, especialmente a través de los comentaristas especializados, absolutamente segura de la victoria, atribuyéndola, no a la cohesión, sino a la genialidad de éste o aquel jugador. Se rompió la armonía, que es delicada, y rotó por una parte el todo, la unidad quedó destruida, no hubo ya esa suma concertada de contrarios que es, en el fondo, el fútbol asociado. De nada valen, ante esa ruptura, la habilidad, el estado físico, el vehemente deseo de ganar la partida. Y aunque sin duda operaron en la defeción otros factores —todos los que son señalados por los técnicos—, éste, por ser el que atañe al fundamento de aquel deporte, no ha sido el menor. Y si no fuera así, tómese esta nota como la teoría del cronista, quien también tiene derecho a ensayar una explicación de los episodios que crearon últimamente la tensión futbolística del país.